

Reinaldo Arenas
A la sombra de la mata de almendras

«Hay que tumbarla», dice una. Y yo salgo a la calle. Las otras dos ríen a carcajadas, sueltan un bufido de alivio y aplauden. «Hay que tumbarla», repiten, girando alrededor de la primera. Por último salen del comedor y se dirigen al patio. Pero yo estoy ya en la calle. Hace fresco. Han pasado los soles brutales de setiembre, y octubre se instala entre los árboles. Es casi agradable caminar sin rumbo por estas calles. Desde aquí no oigo sus escarceos, sus chillidos intolerables, sus constantes idas y venidas por toda la casa, revolviendo, preguntando, sacándole brillo a las losetas del patio. Pues ellas no paran ni un momento, y cuando les dio por tumbar los árboles (decían que daban hojas y tenían que estar barriendo) lo tomaron con tal furor que en una semana acabaron con todos. Sólo la mata de almendras, que está en el fondo del patio quedó en pie. Sin darme cuenta me voy adentrando en La Habana Vieja. Cruzo por Obispo, y, aunque no me interesa nada, paso la vista por todas las vidrieras, y frente a algunas me quedo un rato, mirando sin ver, o leyendo sin interés los títulos de libros científicos. Me quedo un rato mirando estos libros indeseables, hasta que me doy cuenta que otra persona los está mirando, y, al parecer, con mucho interés. Es una muchacha estúpida. La contemplo de pies a cabeza y me dan deseos de tocarla. Ella saca de la cartera un peine prominente, se ordena el pelo, me mira y echa a andar, contoneándose un

Reinaldo Arenas
Im Schatten der Tamarinde*

«Sie ist fällig», sagt eine. Und ich gehe hinaus auf die Straße. Die anderen beiden lachen lauthals, atmen erleichtert auf und klatschen Beifall. «Sie ist fällig», wiederholen sie und umringen die erste. Schließlich verlassen sie das Esszimmer und gehen in den Hof. Aber ich bin schon auf der Straße. Es ist frisch. Die gleißende Septembersonne ist verschwunden, und der Oktober lässt sich in den Bäumen nieder. Es ist fast angenehm, ziellos durch diese Straßen zu laufen. Von hier aus höre ich ihr Gezänke nicht, ihr unerträgliches Gekreische, ihr ständiges Kommen und Gehen durch das ganze Haus, wobei sie alles durchwühlen, Fragen stellen, die Fliesen im Hof zum Glänzen bringen. Denn sie können keinen Augenblick Ruhe geben, und als es ihnen in den Sinn kam, die Bäume zu fällen (sie sagten, dass so viele Blätter abfielen, und die müssten sie immerzu kehren), taten sie es mit solch einer Wut, dass sie innerhalb einer Woche allen den Garaus machten. Nur die Tamarinde am Ende des Hofes blieb stehen. Ohne es zu merken, gelangte ich in das alte Havanna. Ich überquere die Calle Obispo, und obwohl es mich überhaupt nicht interessiert, werfe ich einen Blick auf alle Schaufenster, und vor einigen bleibe ich eine Weile stehen und schaue, ohne zu sehen, oder lese ohne Interesse die Titel der wissenschaftlichen Bücher. Ich bleibe eine Weile stehen und starre die unerwünschten Bücher an, bis ich merke, dass eine andere Person sie auch ansieht und, wie es scheint, mit großem Interesse. Es ist eine unwerfende junge Frau. Ich betrachte sie von oben bis unten und verspüre den Wunsch, sie zu berühren. Sie holt einen flehigen Kamm aus der Tasche, richtet sich das Haar, sieht

* siehe Anmerkung Seite 210

poco. El vestido, corto y estrecho, se ajusta al ritmo de su cuerpo. Sí, estoy seguro de que me ha mirado y por un momento me hizo una señal. O serán ideas mías ... De todos modos la voy a seguir. Entonces, me llevo hasta la única mata de almendras que queda en pie, y me tiro allí, bajo su sombra, y me quedo todo el día dormitando bocarriba. Las hojas me van cayendo casi húmedas sobre la cara. Pero ahora también ese árbol está en peligro. Sus hojas, algunas veces, van a dar hasta el zaguán, o, lo que es peor, entran en la sala. Hace algunos días, una hoja cayó revoloteando, como un pájaro medio muerto, sobre la falda de una de mis tías que zurcía un pantalón con gestos precipitados. « Esto es el colmo », dijo, tirando el pantalón al suelo y agarrando la hoja con tal furia que la deshizo entre las manos. Y ahora va cayendo muy despacio. Quizá dando tiempo a que la alcance. La sigo de cerca por todo Obispo hasta que llegamos a *La Moderna Poesía*. Allí se detiene un momento. Entra en la librería. Y ya sí estoy seguro de que me ha mirado. Recorre todos los estantes, hojea los libros, lee algunas páginas. Este es el momento de hablarle, pues tal vez se aburre y se va, y como ya es el único árbol que queda en pie, todos los pájaros del barrio se refugian en él. Al oscurecer, el escándalo llega hasta la casa. Mi madre se lleva entonces las manos a los oídos y mira furiosa el patio. Todos los pájaros están insalados en el árbol. Poco a poco me voy acercando, para que no se asusten. Llego hasta el tronco. Y ya, tirado bocarriba, los oigo chillar hasta que se hace de noche. Luego sale de la librería y camina de prisa. Quizás está ofendida porque no le dice nada. Entra en *La Manzana de Gómez* y se de-

nich an und geht weiter, wobei sie sich leicht in den Hüften wiegt. Ihr kurzes enges Kleid folgt den Bewegungen ihres Körpers. Ja, ich bin mir sicher, dass sie mich angesehen und mir kurz zugenickt hat. Oder vielleicht bilde ich es mir nur ein ... Auf alle Fälle werde ich ihr folgen. Ich gehe also zu der einzigen Tamarinde, die noch steht, und lege mich dort hin, in ihren Schatten, und löse den ganzen Tag auf dem Rücken liegend vor mich hin. Die Blätter fallen beinahe feucht auf mein Gesicht. Aber jetzt ist auch dieser Baum in Gefahr. Seine Blätter gelangen manchmal bis in die Diele, oder, was schlimmer ist, dringen bis ins Wohnzimmer vor. Vor einigen Tagen fiel ein Blatt, flatternd wie ein halb toter Vogel, auf den Schoß einer meiner Tanten, die mit raschen Bewegungen eine Hose stopfte. « Das ist doch der Gipfel! » rief sie, warf die Hose auf den Boden und packte das Blatt mit einer solchen Wut, dass sie es zwischen ihren Händen zerquetschte. Und jetzt geht sie ganz langsam. Vielleicht um mir Zeit zu geben, sie einzuholen. Ich folge ihr dicht die ganze Calle Obispo entlang, bis wir *La Moderna Poesía* erreichen. Dort bleibt sie kurz stehen. Sie betritt die Buchhandlung. Und nun bin ich mir ganz sicher, dass sie mich angesehen hat. Sie geht alle Regale ab, blättert in Büchern, liest einige Seiten. Dies ist der richtige Zeitpunkt, sie anzusprechen, denn möglicherweise langweilt sie sich und geht fort, und da es nun mal der einzige Baum ist, der noch steht, suchen alle Vögel des Viertels in ihm Zuflucht. Wenn es dunkel wird, gelangt der Lärm bis ins Haus. Meine Mutter hält sich dann mit den Händen die Ohren zu und sieht während in den Hof. Alle Vögel haben sich im Baum niedergelassen. Ganz allmählich komme ich näher, damit sie sich nicht erschrecken. Ich trete an den Stamm heran. Und schon höre ich sie, während ich auf dem Rücken liege, lärmern, bis es Nacht wird. Dann verlässt sie die Buchhandlung und läuft eilig weg. Vielleicht ist sie beleidigt, weil ich sie nicht anspreche. Sie geht in die Einkaufspassage *La Manzana de*

tiene frente a una vidriera; por fin atraviesa el *Parque Central*, confundándose entre la gente. Me apresuro para que no se me escape. Me quedo muy quieto, escuchándolos: el escándalo de los pájaros, las hojas que caen constantemente. Yo trato de recogerlas, de atraparlas en el aire, antes de que lleguen al suelo y ensucien el piso. Pero son muchas, y estamos en octubre. Caen las hojas. Caen las hojas. Caen las hojas. Y por mucho que salte, y por más que me apresure y trate de cogérlas al vuelo, siempre alguna se me escapa, se cuelga por la ventana, pasa saltando por entre las sillas, y llega, rodando suavemente, hasta los pies de una de mis tías. Es imposible atrapar las hojas que caen en octubre, y seguiría por entre esta aglomeración de gente es cada vez más difícil. Tal parece como si La Habana completa se hubiese reunido en la calle *San Rafael*. Las colas interminables; el trajín de la gente que entra y sale de todos los sitios; las máquinas y las guaguas que a toda costa me quieren aplastar. Pero me voy abriendo paso entre el barullo. Corro, a veces orientándome por el retazo azul de su falda. De pronto, se me pierde de vista. La busco por todas partes. Ha desaparecido. Y es que no hay sitio más agradable que éste, junto al tronco siempre húmedo y como en constante muda de piel, cerca de su sombra. Muchos retoños empiezan a despuntar. El color de las hojas recientes es verde tierno. Algunas veces me dan deseos de comérmelas. Y me las como. De pronto, la vuelvo a descubrir, parada frente a la cartelera del *Duplex*. Casi tropiezo con ella. Me mira. Estoy bañado en sudor. Echa a andar y yo de cerca la voy siguiendo. Así llegamos al *Ten-Cent*. Durante media hora hacemos turno para el

Gómez und bleibt vor einem Schaufenster stehen; schließlich durchquert sie den *Parque Central* und verliert sich zwischen den Leuten. Ich beeile mich, damit sie mir nicht entwischt. Ich bleibe ganz ruhig und höre zu: dem Lärm der Vögel, den Blättern, die ständig fallen. Ich versuche sie einzusammeln, sie in der Luft zu erhaschen, bevor sie die Erde erreichen und den Boden beschmutzen. Aber es sind viele, und wir haben Oktober. Die Blätter fallen. Die Blätter fallen. Die Blätter fallen. Und so sehr ich auch hüpfen und je mehr ich mich auch beeile und versuche, sie im Flug zu fangen, immer entwischt mir eines, schleicht sich durch das Fenster ein, hüpfet zwischen den Stühlen weiter und gelangt langsam kreisend zu den Füßen einer meiner Tanten. Es ist unmöglich, all die Blätter, die im Oktober fallen, zu erhaschen, und es wird immer schwieriger, ihr durch dieses Menschengewühl hindurch zu folgen. Man könnte glauben, ganz Havanna habe sich in der Calle San Rafael versammelt. Die endlosen Schlangen; das geschäftige Treiben der Leute, die von allen möglichen Seiten kommen und gehen; die Autos und Busse, die mich unbedingt überfahren wollen. Aber nach und nach bahne ich mir einen Weg durch den Wirrwarr. Ich laufe, orientiere mich manchmal an dem blauen Stück Stoff ihres Rocks. Auf einmal verliere ich sie aus den Augen. Ich suche sie überall. Sie ist verschwunden. Es ist nämlich so, dass es keinen angenehmeren Ort gibt als diesen, hier neben dem Stamm, der immer feucht und wie in einer ständigen Häutung begriffen ist, dicht bei ihrem Schatten. Viele Schösslinge beginnen zu sprießen. Die Farbe der jüngsten Blätter ist von einem zarten Grün. Manchmal verspüre ich den Wunsch, sie zu essen. Und ich esse sie. Auf einmal entdecke ich sie wieder, wie sie vor dem *Duplex*-Programm steht. Beinahe stoße ich mit ihr zusammen. Sie sieht mich an. Ich bin schweißgebadet. Sie geht weiter, und ich bleibe dicht hinter ihr. So erreichen wir das *Ten-Cent*. Eine halbe Stunde stellen wir uns um einen Sitzplatz an. Wir setzen

asiento. Nos sentamos; su falda, al cruzar las piernas, se le sube por las rodillas. Pide una soda malteada. Yo pido lo mismo y pago las dos. Ahora sí que me ha mirado en serio. Estoy excitado. Qué problema al levantarme. Cuando estoy allí, dormitando bajo su sombra, siempre sueño más o menos la misma cosa, el mismo sueño, el mismo perro. Porque es con un perro con lo que sueño. Estoy en una casa enorme y llena de gente que habla y habla (no sé qué gente será porque casi no le veo el rostro y no se entiende lo que dice), y cuando voy a salir, aparece el perro en la puerta. Me mira con sus ojos brillantes; sin ladrar viene hasta mí, y me clava los dientes en el tobillo. Vuelvo a entrar en la casa. La gente continúa hablando y hablando. Me llevo las manos a los bolsillos e intento salir con la mayor naturalidad y sin mirar para abajo, ella va delante y parece haberse dado cuenta de mi situación, pero más bien se muestra divertida. Así llegamos a la acera. Y yo, presintiendo que le quedaba muy poco de vida, le hablé a mi madre uno de esos días en que casi está tranquila ni siquiera de fumar. «Menos mal que aún nos queda la mata de almendras», le dije, «si no nos asaríamos de calor». Ella me miró distraída, luego dijo: «De seguir en pie sí que nos asfixiaríamos, pues cualquier día quedamos sepultados en un montón de hojas». No le digo más, y camino hasta el patio. Allí, las tres tías, escoba en mano, barren con furia. Por un momento me quedo mirándolas: tienen la misma estatura. Altas, flacas y de aire asustado, como si esperaran, temerosas, a que alguien las golpease por la espalda. Las tres barren al mismo ritmo, realizando los mismos movimientos. El árbol, de un dorado intenso, parece incendiado. Al-

uns; sie schlägt die Beine übereinander und dabei schiebt sich ihr Rock über ihre Knie hinauf. Sie bestellt ein Malzgetränk. Ich bestelle das gleiche und bezahle beide. Jetzt hat sie mich bestimmt richtig angesehen. Ich bin erregt. Was für ein Problem, als ich nun aufstehen will! Wenn ich dort bin und unter ihrem Schatten schlafe, träume ich mehr oder weniger immer die gleiche Sache, den gleichen Traum, den gleichen Hund. Denn es ist ein Hund, von dem ich träume. Ich bin in einem riesigen Haus voller Leute, die reden und reden (ich weiß nicht, um welche Leute es sich handelt, weil ich ihre Gesichter kaum sehe und weil nicht zu verstehen ist, was sie sagen). Ich gehe hinaus, und da erscheint der Hund in der Tür. Er sieht mich mit seinen glänzenden Augen an; ohne zu bellen, kommt er zu mir heran und gräbt mir seine Zähne in den Fußknöchel. Ich gehe wieder zurück ins Haus. Die Leute reden und reden immer noch. Ich strecke meine Hände in die Hosentaschen und versuche möglichst natürlich und ohne nach unten zu sehen hinauszugehen; die Frau geht voraus, sie scheint meine Lage bemerkt zu haben, zeigt sich aber eher vergnügt. So erreichen wir den Bürgersteig. Ich sprach mit meiner Mutter – in der Vorahnung, dass sie nicht mehr lange zu leben hatte – an einem dieser Tage, an denen sie nahezu ruhig ist und nicht raucht. «Zum Glück bleibt uns noch die Tamarinde», sagte ich ihr, «sonst würden wir vor Hitze vergehen». Sie sah mich zerstreut an und meinte dann: «Wenn sie stehen bleibt, werden wir ganz bestimmt ersticken, weil wir eines Tages unter einem Berg von Blättern begraben werden.» Ich sage nichts weiter und gehe in den Hof. Dort wüten die drei Tanten mit ihren Besen in der Hand. Ich bleibe eine Weile stehen und sehe sie mir an: Sie haben alle das gleiche Aussehen. Groß, dünn und wie erschrocken, als erwarteten sie verängstigt, Schläge auf den Buckel zu bekommen. Die drei kehren im gleichen Takt, machen die gleichen Bewegungen. Der Baum, von einem intensiven Goldgelb, sieht aus wie angezündet. Irgendein Vogel,

gún pájaro, escondido entre las ramas, canta hasta desgañitarse. Y llueve, el público se aglomera en los portales. Ella, en una esquina parece mirar la calle. No es un aguacero violento. Se trata de esa lluvia que nunca termina. Los árboles del parque *Fe del Valle* relucen a través de la llovizna. Al fin comienza a caminar hacia la parada de la guagua. Pasa un carro tan repleto que ni siquiera puede abrir la puerta. Llega otro, lo toma. Y yo me subo en el momento en que se cierra la puerta. Pero la conspiración seguía avanzando, y yo sin poder hacer nada. Pensaba, pensaba, y no veía la manera de salvarla. Y algunas veces me daban deseos de pegar un grito, o darle candela a la casa. Por fin decidí hablar con mi padre. «Papá, le dije, quieren tumbar la única mata de almendras que nos queda. No dejes que la tumben.» Mi padre dejó de leer (siempre he pensado que ese hombrecito que lee el periódico todas las tardes sentado en el portal no es mi padre, pero nunca me he atrevido a decirselo). «Pero también tú estás con la matraquilla de tumbar la mata de almendras», me dice. «Acábenla de tumbar y no fastidien más». «Pero si yo lo que quiero es que no la tumben», le digo. «Tumbala, tumbala», me dice. «Ya me tienen hasta la coronilla.» Y la guagua va repleta. Y el calor y el escándalo son insoportables. Una mujer, con una cartera monstruosa, no deja de martirizarme. A ella casi no la distinguo, pero vigilo la puerta de salida para que no se me escape. Ni siquiera encuentro sitio donde poner las manos. Y como si esto fuera poco, un hombre enorme se le ha colocado detrás; el muy descarado, si sigue así tendré que llamarlo a contar. Pero, ¿por qué ella no se aparta? La vio-

der zwischen den Ästen versteckt ist, singt sich die Kehle aus dem Leib. Und es regnet, und die Leute drängen sich in den Hauseingängen zusammen. Die Frau scheint von einer Ecke aus auf die Straße zu sehen. Es ist kein heftiger Regenguss. Es handelt sich um diesen Regen, der niemals aufhört. Die Bäume des Parks *Fe del Valle* schimmern durch den Sprühregen hindurch. Endlich beginnt sie, zur Bushaltestelle zu gehen. Ein Bus fährt vorbei, weil er so überfüllt ist, dass er nicht einmal die Tür öffnen kann. Ein anderer kommt, und sie nimmt ihn. Ich streige in dem Augenblick ein, da sich die Tür schließt. Aber die Verschwörung ging noch weiter, und ich konnte nichts dagegen tun. Ich dachte nach und dachte nach, und sah keine Möglichkeit, sie zu retten. Manchmal verspürte ich den Wunsch, loszuschreien oder das Haus in Brand zu setzen. Endlich beschloss ich, mit meinem Vater zu reden. «Papa», sagte ich, «sie wollen die einzige Tamarinde fallen, die uns noch bleibt. Lass nicht zu, dass sie sie fallen.» Mein Vater hörte auf zu lesen (immer habe ich gedacht, dass dieser schwächliche Mann, der jeden Nachmittag auf der Veranda sitzt und Zeitung liest, gar nicht mein Vater ist, aber ich habe mich nie getraut, es ihm zu sagen). «Jetzt fängst auch du noch an, mich zu nerven wegen der Tamarinde, die gefällt werden soll», sagt er. «So fällt sie doch und geht mir nicht länger auf den Geist.» «Aber wenn ich doch gerade will, dass sie nicht gefällt wird», entgegnete ich. «Fällt sie, fällt sie», meint er. «Mir reicht es jetzt mit euch!» Und der Bus ist überfüllt. Und die Hitze und der Lärm sind unerträglich. Eine Frau mit einer riesenhaften Handtasche hört nicht auf, mich zu quälen. Sie kann ich kaum ausmachen, aber ich habe ein waches Auge auf den Ausgang, damit sie mir nicht entwischt. Ich finde nicht einmal Platz für meine Hände. Und wie wenn das nicht schon genug wäre, hat sich jetzt auch noch ein riesiger Mann hinter sie gestellt; dieser unverschämte Kerl, wenn der so weiterrückt, wird er von mir was zu hören bekommen. Aber

lan en plena guagua y ni siquiera protesta. Y su casa parece estar en el fin del mundo. Ya vamos llegando a las playas. Y el calor sigue intolerable aquí dentro, y la mujer acosándome con la cartera, y el hombre apretujándola, y el concilio se reunió al fin, y una de mis tías dijo: «Hay que tumbarla». Y las otras la corearon y danzaron a su alrededor. Y mi madre, impasible, sonreía desde la cocina. Y, de pronto, todas empezaron a gritar: «Hay que tumbarla». Y yo sentí un odio nuevo. Y me dieron deseos de matarlas. Y por eso salí a la calle. Las calles de la playa son todas iguales, y están rodeadas por árboles iguales que no parecen árboles, sino cualquier otra cosa que no valdría la pena definir. Rumbo al mar caminamos otras tres cuadras. Hasta que al fin se detiene junto a una casa idéntica a todas las que pueblan este lugar. Abre la puerta y se queda de pie, mirándome. Silbando paso frente a ella con las manos en los bolsillos y mirando la punta de mis zapatos. «Entra», dice, y en ese momento levanto la vista: el concilio ha terminado. Una de mis tías va hasta la cocina y trae el hacha, las demás aplauden. Y ya la comitiva sale al patio. Empezamos en el sillón de la sala (no se puede perder el tiempo pues, según ella, la familia está al llegar). Me quita la camisa y luego me lleva hasta el cuarto. Y ya en la cama se desviste con urgencia y al momento me despoja del pantalón y de los calzoncillos. La comitiva, en forma militar, cruza el patio, y llega al árbol. Una de mis tías enarbolaba el hacha, las demás, cogidas de la mano, inician una ronda alrededor del tronco. Luego hacen silencio. La tía aprisiona con las dos manos el hacha y toma impulso. Con minucioso estilo pasa sus ma-

warum rückt sie nicht ein Stück weg? Man vergewaltigt sie mitten im Bus, und sie wehrt sich überhaupt nicht. Und ihr Haus scheint am Ende der Welt zu liegen. Wir erreichen bereits die Strände. Und die Hitze ist immer noch unerträglich hier drinnen, und die Frau bedrängt mich mit ihrer Handtasche, und der Mann drückt sich an sie heran, und die Versammlung wurde endlich einberufen, und eine meiner Tanten sagte: «Sie ist fällig». Und die anderen stimmten ihr im Chor zu und tanzten um sie herum. Und meine Mutter lächelte gefühllos aus der Küche heraus. Und auf einmal fingen alle zu schreien an: «Sie ist fällig». Und ich fühlte neuen Hass. Ich verspürte den Wunsch, sie alle umzubringen. Und deshalb ging ich hinaus auf die Straße. Die Straßen am Strand sind alle gleichförmig; sie sind gesäumt von gleichförmigen Bäumen, die keine Bäume zu sein scheinen, sondern irgendetwas anderes, was sich gar nicht zu benennen lohnt. Wir laufen drei Blöcke weiter in Richtung Meer. Bis sie endlich vor einem Haus stehen bleibt, das völlig gleich aussieht wie alle anderen an diesem Ort. Die Frau öffnet die Tür, bleibt stehen und sieht mich an. Pfeifend ziehe ich, die Hände in den Taschen, an ihr vorbei und sehe auf meine Schuhspitzen. «Komm herein», sagt sie, und da hebe ich den Blick: Die Versammlung ist beendet. Eine meiner Tanten geht in die Küche und holt eine Axt, die übrigen klarschen Beifall. Und schon begibt sich der Trupp in den Hof. Wir beginnen im Wohnzimmeressel (es ist keine Zeit zu verlieren, denn, wie die Frau sagt, ist die Familie im Anmarsch). Sie zieht mir das Hemd aus und führt mich dann ins Schlafzimmer. Und einmal im Bett, entkleidet sie sich eilig und befreit mich von Hose und Unterhose. Der Trupp überquert den Hof in militärischer Formation und erreicht den Baum. Eine meiner Tanten schwingt die Axt, die übrigen beginnen Hand in Hand den Stamm zu umkreisen. Dann schweigen sie. Die Tante umklammert mit beiden Händen die Axt und holt aus. Äußerst behutsam streicht sie mit ih-

nos por mi cuerpo, luego los labios, después los dientes; pero todo es inútil. El primer hachazo re-
tumba, estremeciendo la tarde. Los pájaros alzan el vuelo o se refugian en las ramas más altas. Mi madre se seca el sudor de la cara, le arrebatada el hacha a mi tía y comienza a golpear enfurecida. El árbol se estremece. Las tías, girando alrededor del tronco, lanzan gritos de triunfo, saltan, arrancan las ramas más bajas. Mamá sigue golpeando; resoplando se lleva las manos al pelo; dándose por vencida se sienta a un costado de la cama y se palpa la cara. La veo, desnuda, y por un momento siento deseos de hablarle. Pero no sé qué decirle. En seguida me pongo de pie; me visto; y, en la puerta, espero la palabra brutal, la ofensa que me corresponde. Pero no dice nada. Y eso es lo peor. Me marchó apresuradamente, atravieso las calles iguales, y ya en la Quinta Avenida tomo la primera guagua. Quizá todavía pueda salvarla. Corriendo entro en la casa, cruzo el zaguán y salto al patio. Allí está ella, agitando entre la brisa del oscurecer. Llego hasta su tronco y me quedo extasiado mirándola. «Por hoy te has salvado», le digo. Y me tiro bocarriba en la tierra. El escándalo de los pájaros va disminuyendo. «Si pudiera hacer algo.» «Si pudiera hacer algo», le repito. Pero ella no dice nada. Su enorme silueta se proyecta contra el cielo del oscurecer. Luego comienza a soltarme unas hojas frías y húmedas que caen sobre mi cara, me rozan las manos y van quedando aprisionadas entre mis piernas. «Si pudiera hacer algo», le digo. Y ella me sigue cubriendo con sus hojas. Así pasamos la noche.

ren Händen über meinen Körper, dann mit den Lippen, dann mit den Zähnen; aber es nützt alles nichts. Der erste Axthieb ertönt, lässt den Nachmittag erbeben. Die Vögel fliegen nach oben weg oder verstecken sich in den höheren Ästen. Meine Mutter trocknet sich den Schweiß vom Gesicht, entreißt meiner Tante die Axt und beginnt wütend zu schlagen. Der Baum bebt. Die Tanten, die um den Stamm herum gehen, heben ein Triumphgeschrei an, hüpfen, reißen die untersten Äste ab. Die Mutter schlägt weiter auf ihn ein; schnaubend hebt sie ihre Hände an ihr Haar; sie gibt sich geschlagen, setzt sie sich auf eine Seite des Bettes und klopft sich das Gesicht ab. Ich sehe sie nackt, und verspüre jäh den Wunsch, etwas zu ihr zu sagen. Aber ich weiß nicht, was. Daraufhin stehe ich auf; ich ziehe mich an; und in der Tür erwarte ich das schroffe Wort, die Beleidigung, die mir zukommt. Aber sie sagt nichts. Das ist das Schlimmste. Ich gehe eilig fort, überquere die gleichförmigen Straßen. An der Quinta Avenida angekommen, nehme ich den erstbesten Bus. Vielleicht kann ich sie noch retten. Im Laufschrift betrete ich das Haus, durchquere die Diele und laufe in den Hof. Dort steht sie, wiegt sich in der Brise der Abenddämmerung. Ich gehe zu ihrem Stamm hin und sehe sie verzückt an. «Heute bist du noch einmal davongekommen», sage ich. Ich lege mich mit dem Rücken auf den Boden. Der Lärm der Vögel lässt allmählich nach. «Wenn ich nur etwas tun könnte.» «Wenn ich nur etwas tun könnte», sage ich nochmals. Aber sie antwortet nicht. Ihre riesige Silhouette reckt sich gegen den dümmrigen Himmel. Dann beginnt sie kalte feuchte Blätter auf mich zu werfen, die auf mein Gesicht fallen, meine Hände streifen und zwischen meinen Beinen gefangen liegen bleiben. «Wenn ich nur etwas tun könnte», sage ich zu ihr. Und sie bedeckt mich weiter mit ihren Blättern. So verbrachten wir die Nacht.